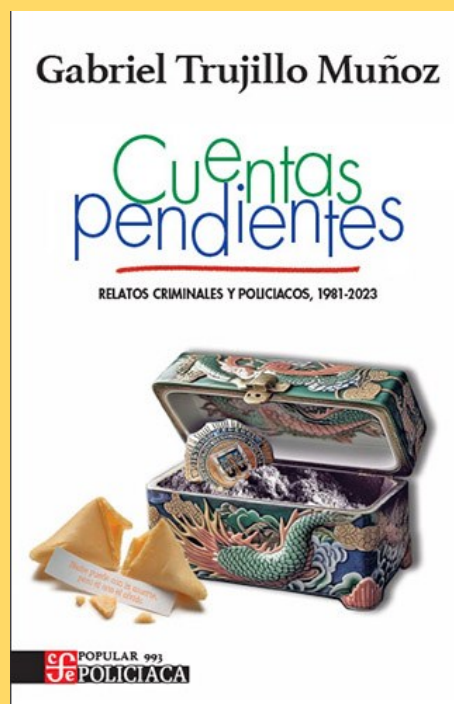


[reseña]

El libro que sí conocí

Georgia Roa



Cuando comencé a leer, cualquier libro que caía en mis manos era bienvenido, en su mayoría eran libros infantiles que prestaban en mi escuela o algunos que encontraba en la biblioteca de mi casa; una caja de cartón arrinconada y llena de telarañas. La gran mayoría nunca los terminé, por una cosa u otra los dejaba a la mitad, o al inicio o casi por terminar. Y no era porque fuera una niña floja o vaga, más bien era porque todos esos libros eran novelas y yo no las entendía, siempre me distinguí por ser una niña dispersa, las narraciones me atrapaban, sí, pero solo si eran cortas, y los cuentos que conocía eran casi siempre medievales o ya me los sabía de memoria.

Al crecer, esa sed de consumir historias continuó desarrollándose, fue allí donde, por manos de un gran amigo, logré leer mis primeros cuentos que ya no eran para niños —cabe destacar que en mi imaginario los cuentos eran únicamente infantiles, no tenía ni idea de las grandes posibilidades que el cuento ofrece—. Aquel libro era una colección perfectamente preservada de Sherlock Holmes. En él se encontraban los cuentos más populares de este entrañable detective creado por Conan Doyle. Dicho libro lo devoré, me fascinaba la sencillez con que podía leer aquellas historias sin aburrirme o distraerme. Tiempo después, por manos de este mismo amigo, y haciéndome acreedora a un gusto literario, conocí a Arsene Lupin, de Maurice Le'Blanc. Fue allí, justo allí, cuando descubrí que me gustaban los cuentos, específicamente los cuentos del género negro.

Con el paso de los años, y sin saber buscar más cuentos, me alejé de ellos, me conformé con la novela negra, que era lo más parecido, pero extremadamente extensa para mi gusto, y desistí en encontrar un libro de cuentos que me atrapara como los anteriores. Sin embargo, y para mi asombro, un entrañable amigo me regaló un libro, pequeño, de pasta blanda y con casi dos centímetros de grosor. Aquella publicación, que recibí como si fuera mi cumpleaños, se titula *Cuentas pendientes. Relatos criminales y policiaeos, 1981-2023* (2025), del escritor Gabriel Trujillo Muñoz, y es el libro que nos reúne aquí. Para mi sorpresa, y al investigar sobre el autor, descubrí que es de un escritor mexicano, algo que para mí era extremadamente extraño —digo era porque ya no lo es—. El título de este libro, que por mi distracción cambiaba a *Cuentos pendientes*,

lo leí en menos de dos semanas, y lo releí en una para poder escribir esta reseña, con esto quiero decir que es perfecto para aquellas mentes que, como la mía, son volátiles.

El libro nos abre sus fauces con una presentación hecha por el mismo Gabriel Trujillo en la que nos ofrece una pregunta bastante acertada: «¿Por qué me puse a escribir ficciones policiacas en los años ochenta del siglo XX, cuando esta clase de narrativa parecería sólo pertenecer a la literatura europea en general y a la anglosajona en lo particular?» (p. 11) Y sí, esta es una duda razonable, ya que todas aquellas narraciones que leí eran extranjeras, extrañas. Y aunque Sherlock Holmes y Arsene Lupin son personajes de lo más auténticos, las exigencias actuales son distintas, estos personajes no me pertenecían, no congeniaban con mi mundo, con mi idioma, y mucho menos con las vicisitudes de mi continente. Me ayudaban a imaginar pasados diferentes, pero contrastados con la realidad no me ofrecían un sustento. De este modo, *Cuentas pendientes* me abrió un mundo de posibilidades que desconocía y me ofreció la oportunidad de imaginar historias que sí me pertenecen.

Así, *Cuentas pendientes* llegó a mí en el momento en que más lo necesitaba, con una narrativa propia, que como el mismo Trujillo Muñoz denomina como un mural, un mural que demuestra lo que es vivir en México, en la frontera, en la sierra o en cualquier país de Latinoamérica. El uso de diálogos, del monólogo o del formato de un diccionario como elementos narrativos, son algunas de las herramientas que Trujillo Muñoz utilizó para crear estos treinta y un cuentos, que son de lo más variados. Allí encontrarás desde un viejo que no recuerda si mató a alguien hasta un vampiro amigo de un policía que se deshace de aquellos que estorban. Pero no solo eso, desapariciones, cajas chinas, monstruos, santos, hombres gordos, mujeres fantasmas y la tecnología coexisten en este increíble libro, porque sí, vivir en Latinoamérica es vivir en una pintura de Salvador Dalí, y Trujillo Muñoz logró colocar todos estos elementos de la manera más auténtica.

Si tienes la oportunidad de leer esta colección, no la desaproveches, seas de imaginación volátil o no, este libro es para aquellos amantes del género negro, o para aquellos que van empezando; es versátil y para todos los gustos. Quizá, y mi apreciación se quede corta, ya que este libro es más que un mural, es un universo que compagina los territorios fronterizos, los policías corruptos o muy ingenuos, los extranjeros, el calor y una perpetua criminalidad que no tiene fronteras. Sin embargo, descubrir lo que este libro significa es una tarea que te dejo a ti.

Gabriel Trujillo Muñoz (2025). *Cuentas pendientes. Relatos criminales y policiacos, 1981-2023*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 279 páginas.